

Marguerite Duras

EL ARREBATO DE
LOL V. STEIN

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

MARGUERITE DURAS
EL ARREBATO DE LOL V. STEIN

Traducción de Ana M.^a Moix

Lol V. Stein nació aquí, en S. Tahla, y aquí vivió durante gran parte de su juventud. Su padre era profesor en la Universidad. Tiene un hermano nueve años mayor que ella —nunca lo he visto—, dicen que vive en París. Sus padres murieron.

No he oído decir nada acerca de la infancia de Lol V. Stein que me haya sorprendido, ni siquiera a Tatiana Karl, su mejor amiga durante los años de colegio.

Bailaban las dos, los jueves, en el patio vacío. No querían salir en fila como las demás, preferían quedarse en el colegio. A ellas se les permitía hacerlo, dice Tatiana, eran encantadoras, sabían pedir ese favor mejor que las demás, se les concedía. ¿Bailamos, Tatiana? En un edificio vecino una radio tocaba bailes pasados de moda —una emisión para el recuerdo— con los que se contentaban. Ausentes las celadoras, solas en el gran patio donde esos días, entre bailes, se oía el ruido de las calles, vamos, Tatiana, va, ven, Tatiana, bailemos, ven. Eso es lo que sé.

También esto: Lol conoció a Michael Richardson a los diecinueve años, una mañana, en el tenis, durante las vacaciones escolares. El tenía veinticinco años. Era hijo único de unos grandes terratenientes de los alrededores de T. Beach. No

hacía nada. Los padres autorizaron la boda. Debía de hacer seis meses que Lol estaba prometida, la boda debía celebrarse en otoño, Lol acababa de dejar definitivamente el colegio, pasaba las vacaciones en T. Beach cuando tuvo lugar el gran baile de la temporada en el Casino municipal.

Tatiana no cree que el famoso baile de T. Beach tuviera un papel preponderante en la enfermedad de Lol V. Stein.

Según Tatiana Karl, los orígenes de esta enfermedad se remontan a mucho antes, mucho antes incluso de su amistad. Estaban ahí, en Lol V. Stein, incubados, pero sin llegar a exteriorizarse debido al gran afecto que siempre la había rodeado en su familia y luego, a continuación, en el colegio. En el colegio, dice, y no era la única en pensarlo, a Lol ya le faltaba algo para estar —dice: ahí. Daba la impresión de soportar con un sosegado fastidio a una persona a quien debía parecerse pero de la que se olvidaba a la menor ocasión. Aureola de dulzura, se descubrió muy pronto que también de indiferencia, nunca pareció sufrir ni sentirse apenada, nunca se le vio una lágrima de muchacha. Tatiana también dice que Lol V. Stein era bonita, que en el colegio se la disputaban, aunque se te escurría de entre las manos como el agua, porque lo poco que retenías merecía el esfuerzo. Lol era divertida, burlona impenitente y muy aguda aunque una parte de sí misma estuviera siempre ida lejos de ti y del momento presente. ¿Dónde? ¿En los sueños adolescentes? No, responde Tatiana, no, diríase que en nada aún, exactamente, en nada. ¿Era el corazón el que no estaba ahí? Tatiana tiende a creer que quizá fuera, en efecto, el corazón de Lol V. Stein lo que no estaba ahí —dice:

ahí—; sin duda llegaría, pero ella no lo conoció. Sí, al parecer era esa zona del sentimiento lo que, en Lol, se diferenciaba de los demás.

Cuando corrió el rumor del noviazgo de Lol V. Stein, Tatiana sólo creyó la noticia a medias: ¿a quién habría podido descubrir Lol que fuera capaz de retener toda su atención?

Al conocer a Michael Richardson y ser testigo de la loca pasión que Lol le produjo, quedó trastornada pero, sin embargo, le quedó una duda: ¿no convertía Lol en un fin su corazón inacabado?

Le pregunté si la crisis de Lol, más tarde, no le proporcionó la prueba de que se equivocaba. Me repitió que no, que creía que esa crisis y Lol no eran sino una misma cosa desde siempre.

Ya no creo en nada de cuanto dice Tatiana, no estoy seguro de nada.

He aquí desarrollados, mezclados, a la vez, esa falsa semblanza expuesta por Tatiana Karl y lo que yo invento acerca de la noche del Casino de T. Beach. A partir de todo ello contaré mi historia de Lol V. Stein.

No quiero conocer ni contar tampoco, o apenas, ni siquiera según su cronología, los diecinueve años que han precedido a esta noche, aunque encubran un minuto mágico durante el que debí de conocer a Lol V. Stein. No quiero porque la presencia de su adolescencia en esta historia correría el peligro de atenuar un poco a ojos del lector la ago-

biente actualidad de esta mujer en mi vida. Voy, pues, en su busca, la cojo, ahí donde creo que debo hacerlo, en el momento en que creo que empieza a moverse para venir a mi encuentro, en el preciso momento en que las últimas en llegar, dos mujeres, franquean la puerta del salón de baile del Casino municipal de T. Beach.

La orquesta dejó de tocar. Terminaba un baile.

La pista se había vaciado lentamente. Estaba vacía.

La mujer de más edad se había rezagado un instante para contemplar la concurrencia, luego se había vuelto sonriendo a la joven que la acompañaba. Esta, sin lugar a dudas, era su hija. Las dos eran altas, de constitución similar. Pero si la joven aún se avenía con torpeza a esta alta estatura, a esta estructura un tanto dura, su madre llevaba tales inconveniencias cual los emblemas de una oscura negación de la naturaleza. Su elegancia, en reposo y en movimiento, cuenta Tatiana, inquietaba.

—Estaban en la playa esta mañana —dice Michael Richardson, el novio de Lol.

Se había quedado inmóvil, había contemplado a las recién llegadas, después se había llevado a Lol hacia el bar y hacia las verdes plantas de la sala.

Ellas habían atravesado la pista y se habían dirigido hacia la misma dirección.

Lol, sumida en la inmovilidad, había visto, al igual que él, avanzar esta gracia en abandono, encorvada, de pájaro muerto. Era flaca. Debía de serlo desde siempre. Había vestido esta delgadez, recordaba claramente Tatiana, con un traje negro de doble forro de tul igualmente negro, muy esco-

tado. Se gustaba así arreglada y vestida, y lo estaba a su antojo, irrevocablemente. Se adivinaba la admirable osamenta de su cuerpo y de su rostro. Igual que aparecía, igual, en adelante, se extinguía, con su cuerpo deseado. ¿Quién era? Se supo más tarde: Anne-Marie Stretter. ¿Era hermosa? ¿Qué edad tenía? ¿Qué sabía ella que los demás ignoraban? ¿Por qué caminos misteriosos había llegado a lo que aparecía como un pesimismo alegre, clamoroso, una sonriente indolencia de la ligereza de un matiz, de una ceniza? Al parecer tan sólo una audacia penetrada de sí misma la mantenía en pie. Y cuán graciosa resultaba ésta, igual que ella. Su caminar mullido las llevaba a ambas aparejadas a donde quiera que fueran. ¿Adónde? Nada podía ya sucederle a esta mujer, pensó Tatiana, ya nada, nada. Sólo el fin, pensaba.

¿Había mirado a Michael Richardson al pasar? ¿Lo había barrido con esa no mirada que paseaba por el baile? Era imposible saberlo, es imposible saber cuándo, por consiguiente, empieza mi historia de Lol V. Stein: en ella, la mirada —de cerca se comprendía que ese defecto provenía de una decoloración penosa de la pupila— se alojaba en toda la superficie de los ojos, resultaba difícil captarla. Iba teñida de pelirrojo, quemada de rojo. Eva marina que la luz debía afean.

¿Se reconocieron cuando pasó cerca de él?

Cuando Michael Richardson se volvió hacia Lol y la invitó a bailar por última vez en su vida, Tatiana Karl lo había sorprendido pálido de repente y bajo el impacto de una súbita preocupación tan invasora que supo que, también él, había reparado perfectamente en la mujer que acababa de entrar.

Sin duda, Lol percibió ese cambio. Diríase que

se sentía transportada ante él, sin temerlo y sin haberlo temido nunca, sin sorpresa, la naturaleza de ese cambio parecía resultarle familiar: concernía a la propia persona de Michael Richardson, traicionaba a quien Lol había conocido hasta aquel momento.

El había cambiado. Todo el mundo podía comprobarlo. Comprobar que ya no era el que creían. Lol lo contemplaba, lo contemplaba cambiar.

Los ojos de Michael Richardson se habían iluminado. Su rostro se había afianzado en la plenitud de la madurez. En él se leía el dolor, pero el viejo, el de la edad primera.

En cuanto se le veía así, se comprendía que nada, ninguna palabra, ninguna violencia en el mundo había sido la causa del cambio de Michael Richardson. Que ahora estaría obligado a vivirlo hasta el final. La nueva historia de Michael Richardson empezaba ya a nacer.

En Lol, esta visión y esta certidumbre no parecían ir acompañadas por el sufrimiento.

Tatiana también la encontró cambiada. Acechaba el acontecimiento, abrigada su inmensidad, su precisión de relojería. De haber sido el agente mismo no sólo de su llegada sino también de su éxito, Lol no se hubiera sentido más fascinada.

Bailó una vez más con Michael Richardson. Fue la última vez.

La mujer estaba sola, un poco apartada del buffet, su hija se había reunido con un grupo de conocidos junto a la puerta del baile. Michael Richardson se dirigió hacia ella con una emoción tan intensa que asustaba pensar que pudiera ser rechazado. Lol, pendiente, también esperó. La mujer no rehusó.

Habían salido a la pista de baile. Lol los había contemplado, una mujer muy vieja cuyo corazón está libre de todo compromiso contempla así a sus hijos mientras se alejan, parecía amarles.

—He de invitar a bailar a esta mujer.

Tatiana lo vio claramente comportarse en su nueva faceta, avanzar, como hacia el suplicio, inclinarse, esperar. Ella frunció ligeramente las cejas. ¿Lo había reconocido, ella también, por haberle visto esta mañana en la playa y sólo por eso?

Tatiana había permanecido junto a Lol.

Lol, instintivamente, había dado algunos pasos en dirección a Anne-Marie Stretter al mismo tiempo que Michael Richardson. Tatiana la había seguido. Y entonces vieron: la mujer entreabrió los labios para pronunciar nada, sumida en la maravillosa sorpresa de ver el nuevo rostro de ese hombre entrevisto por la mañana. En cuanto la mujer estuvo en sus brazos, Tatiana comprendió, por su repentina torpeza, por su expresión atontada, petrificada por la rapidez de la irrupción, que el desconcierto que lo había invadido acababa de prender en ella.

Lol había vuelto a situarse detrás del bar y de las plantas verdes; junto a Tatiana.

Habían bailado. Bailaron más. El, con la mirada fija en un punto desnudo de su hombro. Ella, más baja, no miraba sino a la lejanía del baile. No hablaban.

Finalizado el primer baile, Michael Richardson se había acercado a Lol como siempre había hecho hasta entonces. Había en sus ojos la súplica de una ayuda, de un consentimiento. Lol le sonrió.

Después, al final del baile que había seguido, no fue al encuentro de Lol.

Anne-Marie Stretter y Michael Richardson no se habían vuelto a separar.

A medida que avanzaba la noche, parecía que las posibilidades de sufrir que Lol pudiera tener habían incluso disminuido, que el sufrimiento no había encontrado en ella dónde deslizarse, que había olvidado el viejo álgebra de las penas de amor.

Con las primerísimas luces del alba, terminada la noche, Tatiana había visto cómo habían envejecido. Aunque Michael Richardson fuera más joven que aquella mujer, la había igualado y juntos los tres —con Lol—, habían acumulado años, muchos años, cientos de años, esa edad adormecida en los locos.

Hacia esa misma hora, bailando, hablaron, algunas palabras. Durante las pausas, siguieron absolutamente callados, en pie uno al lado del otro, manteniéndose a distancia de los demás, siempre a la misma distancia. Salvo sus manos unidas durante el baile, ya no volvieron a acercarse más de lo que hicieron la primera vez, cuando se miraron.

Lol permaneció allí donde el acontecimiento la había sorprendido al entrar Anne-Marie Stretter, tras las plantas verdes del bar.

Tatiana, su mejor amiga, permaneció también allí, acariciando su mano posada en una mesita, bajo las flores. Sí, fue Tatiana quien había tenido ese gesto de amistad a lo largo de la noche.

Con la aurora, Michael Richardson había buscado a alguien con la mirada hacia el fondo de la sala. No había descubierto a Lol.

Hacía ya mucho rato que la hija de Anne-Marie Stretter había desaparecido. Al parecer, su madre no había advertido su partida ni su ausencia.

Sin duda, Lol, al igual que Tatiana, al igual que

ellos, aún no había tenido en cuenta ese otro aspecto de las cosas: su final al llegar el día.

La orquesta dejó de tocar. El baile parecía casi vacío. Sólo quedaban algunas parejas, la suya y, detrás de las plantas verdes, Lol y esa otra joven, Tatiana Karl. No se habían dado cuenta de que la orquesta había dejado de tocar: en el momento en que hubiera debido volver a empezar, como autómatas, se habían vuelto a unir, sin percartarse de la inexistencia de la música. Fue entonces cuando los músicos pasaron ante ellos, en fila india, con sus violines encerrados en sus fúnebres cajas. En vano hicieron un gesto para retenerles, para hablarles.

Michael Richardson se pasó la mano por la frente, buscó alguna señal de eternidad en la sala. La sonrisa de Lol V. Stein, en aquel momento, lo era, pero no la vio.

Se habían contemplado silenciosamente, largamente, sin saber qué hacer, cómo salir de la noche.

En aquel momento, una mujer de cierta edad, la madre de Lol, había entrado en el baile. Injuriándoles, les había preguntado qué habían hecho con su hija.

¿Quién pudo haber advertido a la madre de Lol de lo que sucedía en el baile del casino de T. Beach aquella noche? No fue Tatiana Karl, Tatiana Karl no había abandonado a Lol V. Stein. ¿Había llegado por propia iniciativa?

Buscaron en torno suyo a quien merecía tales insultos. No contestaron.

Cuando la madre descubrió a su hija detrás de las plantas verdes, una modulación quejumbrosa y tierna invadió la sala vacía.

En cuanto su madre llegó hasta Lol y la tocó, Lol se despegó por fin de la mesa. Sólo en ese ins-

tante comprendió que un final, aunque confusamente, se dibujaba, sin aún distinguir cuál sería. La pantalla de su madre, entre ellos y ella, constituía la señal precursora. De la mano, con mucha fuerza, la tiró al suelo. El lamento sentimental, cenagoso, cesó.

Lol gritó por vez primera. Entonces unas manos se posaron de nuevo alrededor de sus hombros. No las reconoció en absoluto. Evitó que cualquiera tocara su rostro.

Comenzaron a agitarse, a avanzar hacia las paredes, buscando imaginarias puertas. La penumbra de la aurora era la misma dentro y fuera de la sala. Por fin encontraron la dirección de la verdadera puerta y habían empezado a dirigirse muy lentamente en esa dirección.

Lol había seguido gritando argumentos: no era tarde, la hora de verano engañaba. Había suplicado a Michael Richardson que la creyera. Pero como la pareja siguió su marcha, Lol corrió hacia la puerta —habían intentado impedirselo pero se escapó— y se arrojó contra los batientes. La puerta, afianzada en el suelo, resistió.

Pasaron ante ella con la mirada baja. Anne-Marie Stretter empezó a descender, y, después, Michael Richardson. Lol les siguió con la mirada a través de los jardines. Cuando dejó de divisarles, cayó al suelo, desvanecida.